

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Suscripción En la Península: Un mes, 1.50 ptas. — Tres meses, 4.50 id. — En el Extranjero: Tres meses, 10 id. — Números sueltos, 10 cts. — La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes. — No se devuelven los originales. — Redacción y Administración, Mayor, 24

Condiciones. El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro. — Corresponsales en París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31 Foubourg Monmartre. — La correspondencia al Administrador

Camino del Circo

Progresamos; ¡humanidad marcha á paso de gigante en busca de lo nuevo, más perfecto que lo de ayer, que mañana será más acabado que lo de hoy. No cabe duda: progresamos.

El hombre ha dominado en la Creación: es el ab y señor del rayo; escala las nubes; surca las aguas; salva distancias enormes con velocidades asombrosas; lee en el pensamiento de sus semejantes como en un página grabada por misteriosa mano...

Nada hay oculto para él; desde los espacios infinitos cuyas leyes sorprendió conoce, hasta lo inmensamente pequeño que le toca de cerca, nada se resiste á la humana investigación... El hombre actual es casi un dios, si no es un dios mismo...

Tiene razón Demerito. Solo hay una cosa que le hace olvidar su deidad, que le hace volver á la animalidad de la especie: la sangre.

La vista de la sangre le enardece, le exalta, le arrebatada, haciéndole que su cerebro enmudezca, que su lengua rujá, que su pecho se agite violentamente, que sus músculos se contraigan, que sus dientes castañeteen con ruido de epiléptica convulsión.

Y esto, entonces como ahora; ayer, como hoy y como mañana y siempre, mientras exista el hombre, el hombre que comenzó en la Grecia heroica con sus juegos atléticos, y pasó por los Circos romanos entre fieras y gladiadores, para refugiarse más tarde en la Iglesia del Cristianismo en busca de histéricos éxtasis á modo de reposo á sus fatigados miembros, en busca de perdones á sus pasadas lujurias

y concupiscencias, en busca de olvidos á sus crímenes contra la carne y contra el alma.

Meditad, meditad un poco sobre los grandes hechos de la historia de la Humanidad, y veréis que sus grandes evoluciones-claro es que sus revoluciones también vienen ante vuestros ojos envueltas en olas de sangre á cuyo tibio calor han germinado; pero ved también que ese tibio calor ha sido germen de una infinita voluptuosidad para los pueblos, que han sentido goces supremos é inefables contemplando calenturientos las morbideces de la victima elegida, cuyos espasmos de dolor arrancaron rugidos de placer á las multitudes...

Pero en el ciclo evolutivo del vivir de los pueblos, los tiempos que ayer fueron, vuelven hoy, y con su vuelta traen no ya reminiscencias del lejano ayer, sino verdaderas resurrecciones de usos, costumbres y vicios que al parecer murieron y que han vivido una vida latente para despertar en todo su esplendor y acaso con más bríos que nunca.

Ayer, los juegos atléticos dejaron paso á las luchas atléticas también, como si los primeros no llenaran completamente las aspiraciones de un pueblo cuya emotividad dormía; tras las luchas atléticas en las que todo era *posse* y arte combinados con la agilidad adiestrada, vino la lucha pero no fingida, sino verdadera, aunque todavía sin derramamiento de sangre, al que no se debía llegar de un solo salto, sino por etapas sucesivas, como para saborear mejor tan supremo deleite. Y el *retirario* acudía

al Circo, envuelto en su protectora red que más parecía proteger un insignificante resto de pudor popular que al débil cuerpo de aquel *artista-hombre*. Más tarde la red desaparece: ya no hay pudor que cubrir: el pueblo ha dado un paso más en el camino; ya no quiere *posse* artística ni fingimientos; el arte reside solamente en la verdad, y la lucha verdadera se establece; se buscan enemigos que se acometan implacables, se lanzan esclavos que luchan con denuedo ofreciendo como poderoso acicate la libertad, ¡la libertad!, al vencedor; hasta se *pagan* hombres libres para que reanimen con el color rojo de su sangre al pueblo enervado y decadente...

Luego, es poco emocionante la lucha; hay que dar otro paso más y aparecen las fieras hambrientas en la arena del coliseo, destrozando vígenes, devorando inocentes niños, luchando (!) con los *bestiarios* á quienes vencen y descuartizan entre los bravos y los aplausos de la fiera humana...

Nosotros los del siglo XX, los descendientes legítimos de aquellas razas no podemos vivir sin que venga á nuestra mente la evocación del recuerdo de los tiempos en que vivieron, y vamos camino del Circo.

Pronto aparecerán los *retirarios*; ya nos van hastiando las luchas atléticas.

Marcio Vero
Roma, Julio de 1909.

Eugenie Fougere

Conservaba yo en mi memoria el recuerdo confuso y remotísimo de una notable *Chanteuse* inglesa que debutó hace algunos años en el *Salón Japonés* de Madrid, y entre el farrago inmenso de siluetas

de artistas de este género que con fusamente se esbozaban en mi cerebro, destacábase de una manera vigorosa la de aquella verdadera eminencia de la *sicalipsis*, que rápidamente pasó por el susodicho teatro dejando tras de sí una imborrable estela de recuerdos y de deseos.

El sábado, al presentarse en el escenario del Teatro de Verano la artista cuyo nombre sirve de epígrafe á estas líneas, resurgió en mí aquel otro recuerdo y comparé, aunque á pesar mío, las exquisiteces artísticas de la inglesa con las de Eugenie Fougere, saliendo ésta triunfante de la comparación.

Me pasó con esta *chanteuse* como con la música de Wagner, es necesario varias audiciones para comprenderla, también es necesario contemplar el trabajo de la Fougere varias veces, para apreciar su indiscutible mérito.

En Madrid y Barcelona, únicas poblaciones españolas donde ha trabajado, ha obtenido éxitos formidables; no hablemos de París donde por razón de idioma, de costumbres y sobre todo por ser conocidos los personajes que ella caricaturiza, es doblemente apreciado su trabajo.

La *Fougere*, no es una cupletista vulgar, es una verdadera artista; hoy la hemos visto ensayar una *deshabillé* que interpretará mañana, que es una verdadera *librana* en su género.

Como solamente viene contratada por 15 funciones, el público, acude todas las noches á la sección en que ella se exhibe, satisfaciendo el deseo de admirarla y premiando de este modo el sacrificio de la empresa, al contratar á una artista cuyo sueldo quincenal se cuenta por numerosos centenares de francos.

La *Fougere* es una entusiasta de nuestra patria y de nuestras costumbres españolas, por su hermosura y su temperamento admirables típicos de la fiesta nacional, y hablando de ella, recordando las estocadas de Machaquito y clasicismos taurómicos de Bombita, pasan ráfagas de admiración por sus ojos negros y profundos.

Otro día con más tiempo y mayor espacio, publicaré sus apreciaciones sobre nuestros toreros y sus admiraciones por nuestra tierra.

PETRONIO.

Cas falsas reputaciones

El concepto ó opinión general que se forma de algún individuo, recibe por nuestro diccionario el nombre de «reputación».

Si la naturaleza humana, por efecto de su constitución sensible, de su inclinación viciada y de su constante falsa interpretación de lo justo, no se venciera casi siempre del lado de las malas pasiones, y para enjuiciar con verdad y con justicia obedeciera solo al recto persuadir de la conciencia, la reputación individual sería justa, exenta de egoísmos, y el premio como el castigo de las acciones humanas, alcanzaría de una manera inequívoca á quien realmente se hiciera acreedor á tales opiniones.

Más desgraciadamente, la lucha, clecto de las pasiones entre los individuos de nuestra raza, sacrifica sin remordimiento la existencia y bienestar del prójimo, por que arrastrada en nuestro insaciable egoísmo, solo estableciendo ridículas comparaciones que trituran el honor del vecino, creemos poder rehabilitar, ponderándolo con falsas apreciaciones de amor propio, lo que llamamos el honor nuestro. De estos vicios de educación de la humana raza «civilizada», emana el obstáculo á la felicidad que en vano busca.

Ningún hombre conoce ni recuerda sus defectos reales, pero las faltas que atribuyen al desgraciado prójimo las graban bien en su fatal memoria. La mayor parte no saben, ni se cuidan de saber lo que sucede dentro de su casa, ni aun dentro de sí mismos, y no obstante se juzgan sabios conocedores y muestran con interés su deseo de investigar lo ajeno por el solo placer de censurarlos.

Sucede que una persona honrada se conduce por el camino de la buena forma y los malvados que esto reconocen, esfuerzan todos sus malos deseos para desprestigiarla, derrombándola del pedestal adonde la elevan sus nobles acciones. La intriga como la calumnia se arma en su contra y la torpe condición de la inconsciencia, repite como un eco ridícula censura que fomentada de boca

en boca, priva al desdichado á quien abate de la justa opinión que por sus nobles acciones mereciera; así pues, la malicia caminando de error en error, de torpeza en torpeza, hasta desengañarse si lo hace, encuentra más factible y digno de alimentar una inconsciente y criminal censura, que una justa, noble y desinteresada defensa.

¡Oh!... ¡Faltoso es muy malo, no os fiéis de él—dice, ya un envidioso, algún malvado, ó simplemente un idiota.—¿Porqué? se le pregunta, y ninguno puede contestar. El que más, un tanto reflexivo, repite que *por qué otros lo dicen*: «y sin embargo de qué será muy malo—añaden—en justicia diré que en cierta ocasión me hizo un servicio importante con el más noble desinterés; sé por otra parte que es amigo de practicar el bien, que le repugna ponerse de parte del malo y que sin trégua ni descanso persigue y castiga la injusticia y soberbia impunitas, armonizando los derechos con los deberes de su prójimo y garantizando el respeto á las leyes, á la propiedad, y á los individuos aun á costa de sus bienes y de su tranquilidad personal; pero ya se ve,—contina—dan en decir que es malo y tenemos que repetirlo».

Así son las reputaciones en la vida y así el modo inconsciente como se juzga y condena lo justo por el egoísmo envidioso.

KARUSO

El dominio de España en Marruecos

Los corresponsales de la prensa en Marruecos, hacen notar que el sentimiento dominante en el elemento militar allí residente, es el de la expansión territorial.

No tiene nada de extraño: ese es un sentimiento que encarna perfectamente en el ánimo de quienes sienten como propias las ofensas hechas á la patria por la morisma.

Pero siendo un sentimiento laudable debe, si no reprimirse, por lo menos acomodarse á lo que demandan las circunstancias especialísimas en que se encuentra á la presente la política hispano-marroquí.

Con verdadero patriotismo el elemento español ha sabido deslindar perfectamente los aspectos fundamentales de ese problema que consiste al presente en no tolerar las demasías de los rifeños y en consolidar las re-

Felones apreas una bandera!
¡Honra y no Barcos quiere el Castellano
Y á morir ó vencer, ya se aprestara.

Pues de la celtiberia el hijo bravo
En bélica contienda encruceada
Con Roma, y con Cartago,
La sangre prodigó; ¡su sangre y vital
Viene de alta progenie de adalides
Que siglos, y más siglos relucharon,
Y en las cruentas lides
Con prez y gloria, veces mil triunfaron.
El brazo tienen, la viril pujanza
De los que al fuerte moro acribillaron
Con poderosa lanza,
Y al Africa en tropel le relegaron.

Son los audaces, que la Cruz aduna,
Y fueran el espanto
De la infiel media luna
En el tirreno mar, allá en Lepanto.
¿Y quien de aquellos héroes descendia,
Cuando partir el sol, con insolencia
Vuestro reto pedía
Qué hacer? ¡Ah! confundir nuestra demencia.
Zarpó cual rayo la velera armada
Y en Abtao, entre sirtes guatecida

La de Chile quedó desmantelada
Entre escollos buscados como egida.
Al norte se arrumbó, ya victoriosa,
Y ante el Callao dijo: «Peruanos
Vengo sangre á verter, soy generosa;
En guardia, que á lidiar os aplazamos.»

Llegó la postrimera y fatal hora;
Ya el concedido plazo terminara;
Y al combate se lanza aterradora,
Que un otro Dos de Mayo recordara.
Contra las férreas torres, artilladas
Con armas, para herir, muy desiguales
Y máquinas vedadas
De viles propias, y los desleales,
Entre lamentos, hóridos estragos,
Duros infieren, los marinos bravos.
Truena el cañón: el cielo palidece:
El torvo géneo de precita guerra
La rabia encona, y el furor acrece:
Sangre colora el mar; sangre la tierra;
Y arasa, incendia, vuela y estremece
La invicta escuadra que el espacio cierra.

¡Todo fué! los cañones monstruosos,
Torpedos, y pericia decantados
Que el oro, al del Perú facilitara,
Arteros medios, por lo vil odiosos,
Trizas hechos al fin, pulverizados,
El náuta hispano súbito dejara.

Y el pátrio suelo, ni los suyos vean?
¡Ah nol pues la tormenta aterradora
Su estridor ya amainará,
Que á Valcárcel, y á Lora
El cielo porvenir mejor prepara.
¡Oh que el nombre de Dios sea loado
Que á todos los salvó, no han naufragadol

¡Los buenos vivan! y que el mármol duro
En sus pueblos natales
Para el tiempo futuro
Esculpan inmortales
Sus nombres, que son glorias nacionales.

Estos los votos son de Cartagena,
Que el júbilo español hoy simboliza,
Y en pátrio amor se goza y se enagena,
Pues con lo heroico y grande simpatiza:
Así valientes de entusiasmo llena,
Así ¡oh Marinos! plácida os bendice,
Y así os saluda, victorea, y dice:
Paso á los bravos, paso; y de su gloria
El sacro y marcial himno entonaremos.
Y sus fuentes, dó esplende una victoria,
Con un láuro inmortal coronaremos.

† Antonio Zuñedia

CAPRICHIOS

¡Que bello es ver desde elevada cumbre,
La salida del soll!
¡Cuántos encantos! ¡Cuanta poesía!
Y cuanto inspiración.

Escuchar escondido en el follaje
Del céfiro la voz;
Y extasiarse al oír los dulces trinos
Que entona el ruiseñor.

Oír murmurar la fuente, y á lo léjos,
Cantar un labrador
Recogiendo los frutos de la tierra
Que su frente regó.

Todo es felicidad que eleva el alma
A celeste mansión;
Mas yo prefiero en mi mullida cama
Roncar hasta las dos.

Pedro Gallana Cervantes.